

EL HOMBRE DE LAS CAVERNAS *

Bernard Herzog

"Imagínate entonces unos hombres que viven en una especie de morada subterránea en forma de caverna; poseyendo a lo largo de la caverna una entrada que se abre ampliamente hacia la luz del día; dentro de esta morada están, desde su infancia, encadenados por las piernas y el cuello, de manera que quedan en el mismo sitio, ven sólo lo que está delante de ellos, incapaces además, por la sujeción de la cadena que mantiene su cabeza, de girar ésta circularmente..." Libro 7 de La República de Platón (El mito de la caverna).

Si esta obra, escrita cerca de 400 años antes de nuestra era, posee semejante asombrosa vitalidad y ejerce siempre en nuestras mentes una acción tan fecunda, es claramente porque nos concierne directamente a cada uno de nosotros. Nos invita a un misterioso peregrinaje a la búsqueda de nosotros mismos.

Volvamos a La República de Platón:

"Imagínate pues, retomé, lo que sería el hecho, para ellos, de ser librados de sus cadenas, de ser curados de su falta de raciocinio, en el caso 0 en virtud de su naturaleza, las cosas pasarían de la manera siguiente. Cuando uno de esos hombres habría sido liberado y obliga-

*Traducido del francés por Takiwasi, extraído de "l'oiseleur et le cancer de l'Amazonie". Ed. Roger Jollos. Francia, 1992.

do repentinamente a levantarse, a voltear la cabeza, a caminar, a mirar hacia la luz; cuando, haciendo todo ello, sufriría; cuando, en razón de ese resplandor, sería incapaz de mirar a los diez objetos cuyas sombras veía antes; qué sería, según tu opinión, su lenguaje, si se le dijera que, mientras veía sólo ilusiones, es ahora, en una proximidad más grande a lo real y orientado a más grandes realidades, que tendrá en la mirada una mayor rectitud”.

Las sombras se equiparan a la profusión de las imágenes, a la representación permanente en nuestra sociedad, magia de las imágenes que constituye la trama de nuestra psiquis. induce el congelamiento del sentimiento y de la vida. Determina una sociedad de la apariencia con el desarrollo del cine, de la televisión, de las computadoras, esa linterna mágica que nos fascina.

El espectador efectúa en una posición casi fetal su regresión cotidiana, sin saberlo. El culto creciente a los histéricos y a los ilusionistas de todo género ocupa la escena social y prevalece ahora sobre el poder político. Los ídolos baratos son impuestos al pueblo por los nuevos sacerdotes del Becerro de Oro. Los últimos sabios son ridiculizados ya que la calidad de los seres no tiene peso frente a los aplausos colectivos. La bestialidad, la vulgaridad y la ceguera son institucionalizadas y el único refugio del justo es la soledad del ermitaño.

Así pues cada uno tiene que salir de la caverna y luego enfrentar las bestias salvajes que simbolizan partes indomadas y desconocidas de uno mismo que deberá unir a su campo de conciencia.

Platón prosigue: "a partir de esas experiencias, podría, durante la noche, contemplar los cuerpos celestiales y el cielo mismo, fijar con la mirada la luz de los astros, la de la luna, con más facilidad que lo haría de día con el sol como con su luz”.

Es el camino de la liberación que deseamos para todo lector. Para todos aquellos que quedan crucificados en la prueba fundamental de la caverna, los mensajes del inconsciente, las intuiciones, las guiñadas del destino no tienen ningún sentido: toda forma de desarrollo de los eventos acausal, sincrónica, se atribuye al azar. Ya que esas cosas son "insensatas", el buscador se pone en busca de correlaciones proporcionadas por los ordenadores y parámetros físico-químicos.

Es así como uno queda ciego a la dimensión humana del Ser. Nada más trivial, de hecho, en el transcurso de una mañana de consultas que constatar un tumor y atribuir la responsabilidad de su aparición a una incertidumbre similar al movimiento browniano, a una interpretación estadística cualquiera de un cuerpo antracénico con zona K patógena... por ejemplo.

Mientras el médico y el investigador no prestan atención más que a automatismos y funcionan con una lógica mecánica, no pueden abandonar el estado de sus semejantes en la Caverna. Ahí reina un genio: el animus³ de la "Madre-Materia" entre los brazos del cual tantas personas se acurrucan demasiado tiempo. En esta situación psicológica las cosas parecen no tener ningún sentido porque el estado de inmadurez de encéfalo del sujeto no le permite el acceso a ningún desarrollo.

Los que habrán arrimado su carro a su estrella y a la vida de su cuerpo, lograrán, gracias a su caballo, alcanzar la montaña sagrada. La elevación del nivel de conciencia, luego de las pruebas, da un significado muy diferente al mundo y a la existencia.

El hombre así confrontado con violencia a sus interrogantes interiores, a su sufrimiento, va a dar un sentido a su prueba. Misteriosamente, un pequeño alquimista o un genio hijo de Hermes vendrá subrepticamente a desamarrarlo de sus trabas y permitirle dejar el estado estático y petrificado en el cual se ve a una infinidad de sujetos morir antes de la hora.

Los Dioses clementes dejarán girar la puerta pivotante que les dará salida a la luz.

El mito de la caverna se encuentra en todas las tradiciones iniciáticas bajo diferentes aspectos: el antro, la gruta, el lugar subterráneo donde por ejemplo Ceres bajó a los infiernos; Gilgamesh va en procura de Endiku; Orfeo busca a su Euridice.

Durante cerca de dos mil años el mito de Eleusis tal como lo reportan Mircea Eliade y Julius Evola- hacia revivir esta prueba iniciática.

Los Koï -los monos, se podría decir- deben escapar de la repetitividad para reencontrar la luz y metamorfosearse en Homo Sapiens.

Muchos de ellos morían en el camino. Las pruebas que les eran impuestas no les permitían siempre la salida hacia la luz.

Se encuentran laberintos en el subsuelo de numerosas iglesias o catedrales. El laberinto de la catedral de Mirepoix en Francia data de 1537 (capilla Santa Ágata): es el último colocado en el piso de una iglesia occidental.

Para Platón, la caverna se asocia a un espectáculo de sombras chinas o de títeres. Figuran el mundo de la apariencia, es a decir de la Maya, conforme a las tradiciones orientales. Cada uno de nosotros debe desprenderse de esas apariencias para alcanzar la realidad; tal es

el sentido de la prueba dando acceso a la espiritualidad, significado perdido con el tiempo.

Para Zoroastro, el antro representa el mundo del cual Dionisios es a la vez el guardián y el liberador.

La tradición griega asocia estrechamente el simbolismo moral y el determinismo metafísico: el sujeto debe desprenderse del mundo de las apariencias para alcanzar una imagen coherente del cosmos y de sí mismo.

Lo trágico es parte del juego

El antro es una cavidad oscura, opaca, un abismo temible de donde pueden surgir obstáculos y hasta monstruos inesperados que habrá que enfrentar.

Tal es el lenguaje simbólico del inconsciente, y múltiples peligros esperan al sujeto deseoso de escapar de las redes neuróticas, de las dificultades de comportamiento con el fin de tener acceso a su verdadera identidad.

Los antiguos no lo ignoraban y por ello se iban al antro de Trophonius.

Las personas deseosas de consultar al oráculo debían seguir una serie de vestíbulos subterráneos hacia la entrada de la caverna. Los consultantes bajaban por una escalera para desembocar en otro orificio más estrecho. Se introducían ahí por los pies mientras el resto del cuerpo apenas pasaba. Se les izaba a la superficie mediante una máquina, cabeza abajo y pies arriba. Durante todo el recorrido, con el fin de protegerse de los monstruos y serpientes que infestaban esos lugares, debían guardar en mano ciertos objetos reputados como protectores. De vuelta a la superficie, se les colocaba en un asiento llamado Nmemosyne en homenaje a la Diosa. Así podían evocar las terribles impresiones que habían experimentado. Los incrédulos ya no aparecían. Algunos perdían la razón y todos aquellos que habían escuchado al oráculo guardaban sus palabras grabadas de por vida en su memoria. Cuando las personas volvían tristes de este viaje, se decía que habían consultado el oráculo de Trophonius.

El mito describe fielmente todo el trabajo interior que espera al ego cuando debe confrontarse a las realidades reprimidas en las profundidades de su inconsciente.

El mito bíblico de Caín matando a Abel, en el Antiguo Testamento, retoma el tema del crimen de Trophonius matando a su hermano para no ser reconocido culpable.

En todas las personas que niegan la existencia y los hechos del inconsciente, las realidades de su pasado actúan de manera similar mientras las noches de pesadilla no cesan de atormentarlos mediante mil imágenes metafóricas que generan ellos mismos.

El trabajo interior comienza cuando el sujeto acepta traer a la luz de la conciencia todo lo que ha reprimido, todos los crímenes de los cuales es culpable, contra sí mismo como también contra los demás o contra la naturaleza.

Como vemos, las antiguas tradiciones iniciáticas no ignoraban nada de los recientes trabajos analíticos. Los pioneros que se ensalzan no hicieron más que poner al día esos hechos y no tenemos la pretensión de hacer más que ellos.

La caverna encierra también tesoros de creatividad ya que Hephaístos y Vulcano ahí trabajan. Así mismo es en las cavernas que se almacenaba el vino y el aceite para preservarlos de la luz.

El mito de la caverna corresponde a una regresión mítica en una matriz de desarrollo. Es necesaria para los sujetos deseosos de llegar a su madurez. Efectivamente, hay que matar a Abel, asimilar la sombra, lo reprimido. Todo este conjunto representa energías a integrar.

Es a este precio que se puede observar una ampliación del campo de conciencia si el sujeto logra escapar a las perturbaciones que ello conlleva, acepta las pruebas ideo-afectivas y acepta también remodelar su personalidad.

El sujeto consciente sólo puede esperar obtener una reorganización y un desarrollo de su equilibrio psíquico a este precio, por lo que la caverna constituye la primera prueba fundamental. Los sueños indican que es necesario dejar su carro y abandonar todos los medios de locomoción mecánica. Estos refieren sólo al funcionamiento del hemisferio cerebral izquierdo.

El hombre en marcha debe efectuar la integración de su subjetividad, y ahí un enfrentamiento trágico lo espera si sus padres lo concibieron en un incesto simbólico. Debe entonces soportar la prueba de la crucifixión y de la refrigeración hasta el momento en que pueda enfrentar las imágenes arquetípicas negativas. Si no lo puede hacer, esas terminarán tarde o temprano por materializarse en su cuerpo, lo que corresponde a otra forma de posesión por los "espíritus".

Toda forma de rechazo del ciclo evolutivo y de sus temibles pruebas se inscribe en el comportamiento, bajo la forma de toma de medicamentos, de drogas diversas. El alcoholismo, el tabaquismo, las toxicomanías y particularmente la dependencia a los neurolépticos y a los

barbitúricos inducen un retorno a esta caverna en su forma más arcaica. El sujeto está de nuevo fijado sobre cruces Simbólicas traduciendo el estiramiento entre sus pulsiones contrarias en un »maniqueísmo primario del cual Ano puede escapar.

Raros son los que se atreven a emprender el camino contrario con el fin de liberarse de esta prueba kármica.

La vía de los sueños nos permite reencontrar así la significación de la rueda de la fortuna descrita en el tarot de los dibujantes del medioevo o en las enseñanzas budistas.

Todas las tradiciones iniciáticas no cesan de repetirnos: la confrontación con la realidad exige inmortales nuestras ideas, nuestros modos de razonar y nuestro bagaje, nuestra mentalización.

Notas:

1. En francés, juego de palabras entre enfermedad, "maladie" y mal-dicho.
2. Resultado del empleo de la sofrología, conjunto de procedimientos de la relajación propuesto por el doctor Caycedo, médico colombiano, para inducir estados modificados de conciencia
3. Animus: alma masculina de la mujer según la concepción de C.G. Jung. El ánima recíprocamente corresponde al alma femenina del hombre.

Bibliografía

La Mort, L' Âlmoúr et les Rêves, Ed. Masionneuve, 1986.

L'Imaginaire cancéreux, Ed. Masionneuve, 1987.

L'or des cendres, Ed. Roger Jollois, 1991.

L'oiseleur et le cancer de l' Amazone, Ed. Roger Jollois, 1992.